

Nonágono semiótico: un modelo operativo para la investigación cualitativa



Guerri Claudio, Acebal Martín (comps.)

Lugar: Buenos Aires

Editorial: Eudeba; Ediciones UNL

Páginas: 192

ISBN 978-950-23-2250-6

2014

Peirce según el orden geométrico

MARCOS ALEGRÍA POLO
Universidad de Buenos Aires (UBA)
R. Argentina
✉

Todo se pondría en marcha con un sencillo aunque poderoso axioma: leer a Peirce, no con el fin de «hacer una exégesis de su obra —como ya hay tantas—, sino de entender cómo puede proyectarse el concepto de *categoría* que él consideraba su mayor aporte». Ahora, como sucede siempre, un axioma permanece estéril de no contar con algo así como lo que Deleuze llamaba una regla de producción. Se trata en esencia de un modo de sujeción; una norma para atarse al axioma y, así sujeto, permitirle desplegar, sobre nosotros, sobre nuestro pensamiento y experiencia, su fuerza conceptual. El modelo que Claudio Guerri y Martín Acebal presentan en este volumen constituye la expresión objetiva de dicha fuerza. Una pequeña maquina conceptual producida en razón de comprender que, para hacer con Peirce algo más que una exégesis, había que someter su pensamiento a un acto de traducción. No abandonar, pero sí arriesgar un paso más allá de las sutilezas doctrinales y ontológicas que

permean el vasto cuerpo de su obra lógico-filosófica. Resulta fácil, *a posteriori*, pasar de largo e ignorar el papel de esta regla, de aquello que entre el axioma y el modelo, lejos de ser un medio neutro, da forma a un pensamiento tan riguroso como productivo. Son ya cuatro décadas de indagación semiótica y reflexión epistemológica las que hay que atribuirle, y resulta claro que su deriva está aún lejos de agotarse o siquiera reducir su velocidad.

El año fue 1974 y la ocasión el análisis de un museo. Fue entonces que, ante el reto que planteaba el abordaje de este objeto arquitectónico complejo, Guerri y Magariños de Morentin ensayaron la tentativa de manejar el aparato de las categorías peirceanas mediante un diagrama. La premisa ya no abandonó a Guerri, quién supo ver en ella el esbozo de un método. La organización bidimensional del plano ofrecería el medio y, sobre éste, el trazo de un cuadro de doble entrada, el dispositivo para operar el paso. Hay que admirar la astucia y engañosa simplicidad de lo que así se perfilaba, eso que en el año 2001 adquiriría el nombre propio de nonágono semiótico. El gesto inaugural consiste en disponer, sobre los ejes exteriores del cuadro, una división tripartita; luego hay que dejarlo trabajar. Su propia inercia obligará a proyectar sobre el plano interior tres columnas y tres filas, resultando la construcción de una grilla en la cual se distinguen nueve casillas. Atengámonos a esta presentación aun esquemática y consideremos los componentes primarios del modelo.

Por separado, cada uno puede ser leído en referencia a un desarrollo preciso del pensamiento de Peirce. La división tripartita que se dispone sobre el eje vertical remitirá a los tres correlatos que, según Peirce, participan necesariamente de la constitución efectiva de todo signo. Como tal, traduce un criterio ontológico y postula un condicionamiento material. La división responde a la diferencia que se ha de constatar entre tres modos de ser netamente distintos: la posibilidad, el *factum* y la ley. En tanto que disposición, esta tripartición proyecta entonces una restricción que pesa sobre la organización material del signo: el hecho de encontrarse sometido, necesariamente, a una triple determinación ontológica. Por su parte, la división tripartita que se dispone sobre el eje horizontal remite a la ampliación triádica que opera Peirce sobre cada uno de los correlatos en razón de distinguir tres tipos de relación que los atraviesan por igual: la relación del signo consigo mismo, la relación del signo con su objeto y la relación del signo con su interpretante. El criterio que aquí entra en juego es más bien lógico y sirve para proyectar un condicionamiento formal. La premisa de este segundo orden de particiones triádicas es que en tanto correlatos y, consecuentemente, correlativos al interior de un movimiento onto-semiótico

solidario, la estrecha imbricación que se articula entre los elementos constitutivos del signo obliga a considerarlos bajo tres condiciones formales que resultan, entre sí, lógicamente irreductibles: la inmanencia de la relación consigo, la mediación de la relación con el objeto y la reflexión de la relación con el interpretante. Así, en su conjunto, la división tripartita del eje horizontal dispondría un triple principio de determinación formal. Finalmente, la grilla de nueve casillas que compone el plano interior, remite a los nueve subaspectos del signo decantados por Peirce a raíz de la ampliación triádica de los tres correlatos. La lista es bien conocida y no hace falta decir que la propuesta de disponerlos en una grilla no es nueva —ya el propio Peirce habría ensayado, en el margen de algún manuscrito, una diagramación «en grilla» de los nueve subaspectos, y más de un investigador ha propuesto (quizá inspirándose en este feliz encuentro) trabajar el conjunto de los nueve subsignos mediante una grilla—. Hay que advertir, sin embargo, que en relación a otras grillas, la del nonágono supondría una alteración del orden «canónico». Esta diferencia, aunque en apariencia menor, ha de tomarse en cuenta, ella es el indicio de la distancia que media entre aquellas propuestas, esencialmente exegéticas, y lo que el nonágono arriesga; de lo que se tratará, al final, es justamente del orden, más precisamente, de una potencia ordenadora que toma forma en la taxonomía pero habrá de trascenderla necesariamente —pero aún no llegamos a eso—.

Hasta aquí, todo sucede como si el modelo se encontrase, fundamentalmente, operando una recomposición del proceso de la deducción de los nueve subaspectos del signo. Existe, por cierto, una filiación no sólo explícita, sino confesa para con ese pasaje de la obra de Peirce. Lo que hay que considerar, sin embargo, si es que se quiere ver la inflexión del paso, no son los componentes tomados individualmente, sino el conjunto. Para ser más exactos, lo que pasa cuando estos son conjugados en el espacio bidimensional al que se encuentra confinado el grafo.

Lo primero que se puede notar, en este sentido, es el hecho de que lo que en el desarrollo de la deducción se refiere a dos órdenes sucesivos de particiones triádicas, es traducido por el nonágono como dos rectas, que si bien se distinguen en razón de su posición, no dejarán de describir, en razón de esa misma diferencia, un despliegue estrictamente simétrico. La una es el exacto reflejo de la otra; la reiteración de un mismo motivo, pero sometido a una rotación de noventa grados. No es difícil comenzar entonces a adivinar lo que se pone en juego con ese gesto inaugural. La doble inscripción de la división

tripartita es el medio para pensar la igualdad de razón que permea el movimiento de las particiones triádicas. Como tal, éste acusa una gran virtud metodológica: antes que anular la diferencia que constituye su singularidad e individualidad en tanto que actos del entendimiento, es en la exacta medida en que los distingue que permitirá juzgarlos iguales. Ahora, esto es esencial, pues lo que se debate entre ambos órdenes de la partición triádica no es, en definitiva, una cuestión menor.

La primera partición, decíamos, estipula una diferencia ontológica como condición material. Siguiendo el curso de la deducción, su primicia bien podría atribuirse al hecho de constituir el modo más inmediato en que se torna posible aprehender una determinación al interior del movimiento de la significación. Algo se distingue significativo y lo primero que se advierte es que en tanto tal participa, por igual medida, de tres modos de ser. Una lectura más cuidadosa permite comprender, empero, que si la distinción material viene primero, no es por pura comodidad. Lo que obliga está lejos de reducirse a la contingencia del hipotético proceso mediante el cual un observador imaginario remonta el análisis. Esta primicia, antes bien, resulta estrictamente necesaria, pues sin la condición de una diferencia ontológica, la distinción lógica que corresponde a la segunda partición triádica resulta imposible de determinar. Entendámonos: se trata de comprender que el razonamiento según el cual un signo se encuentra atravesado por tres tipos de relación, se encuentra enteramente predicado sobre la premisa de que en él se encuentran implicados tres tipos ontológicos netamente distintos. Sólo por cuanto se asume como dado que hay tres implicados, que eso que se distingue significativo es de tres modos distintos, es que se torna posible, e incluso necesario, pensar el hecho de su imbricación en la instancia de la significación, como la articulación de tres polos relacionales. Lo cual lógicamente exigirá considerar que tres condiciones formales afectan en todo momento a los consituyentes del signo.

Entre la primera y segunda tripartición se despliega, de esta manera, una necesidad en la forma de la implicación material. El interés del descubrimiento, empero, reside en comprender que tal despliegue no procede unilateralmente. La determinación material que trasciende en la primera tripartición es condición necesaria de la determinación formal que procederá lógicamente en la segunda. Mas, en la medida en que ello se admite, pronto se advierte que la determinación material sólo ofrece una visión parcial del movimiento de la significación tal como deviene efectivo en la constitución del signo. En efecto, para pensar la unidad conceptual del signo no basta con la consideración de la

determinación material, ya que por sí misma ésta sólo ofrece la imagen de una disgregación. A la noción de que si algo es significativo lo es de tres modos distintos, hace falta añadir la constrictión formal que permitiría describir, a los tres juntos, un movimiento solidario y, por lo tanto, unitario. Es necesario, para decirlo aún de otra manera, que a la disgregación que adviene con la determinación material, siga la constitución de ese triple principio de determinación formal, merced al cual se desarrolla la imbricación efectiva de los tres implicados.

Se entiende entonces que la diferencia entre estos dos órdenes de la partición triádica es irreductible. A cada uno corresponde encarnar un modo de la determinación específico. La determinación material no se confunde con la determinación formal, pues mientras a la primera corresponde operar la disgregación que permite la concreción, a la segunda corresponde operar la constrictión que permite la imbricación. Ninguna, sin embargo, puede faltar, ya que en su oposición, estos modos de la determinación cooperan y, en última instancia, habrán de complementarse para describir la unidad relacional que constituye el signo. En esencia, esto es lo que el nonágono aprehende con su gesto inaugural: los órdenes de la tripartición deben distinguirse, pero sólo para considerarse juntos, pues será en el espacio de su diferencia que darán lugar a la dinámica de correlación que da cuerpo al signo.

Resulta claro, en consecuencia, que para el nonágono la grilla no se concibe aparte, ni puede separarse del trazo de los ejes exteriores tal como permiten la construcción del dispositivo «cuadro de doble entrada». Éste no es un andamiaje exterior, desechable sin perjuicio fundamental una vez que las casillas hayan sido trazadas y los nueve subaspectos repartidos sobre el cuadrículado. Mucho antes de que una remisión a los subaspectos sea siquiera ensayada, el sentido de la grilla se haya fincado en el hecho de constituir la proyección de los dos ejes exteriores, por lo tanto, como el desarrollo (*more geometrico*) de un entramado que describe la organización de la correlación entre los dos modos de la determinación. Así, debemos notar que, por principio, el tratamiento que da el nonágono a los subaspectos es completamente distinto al que ofrece Peirce. En el texto peirceano los subaspectos articulan una serie y si bien puede decirse que organizan un conjunto, en rigor, sólo ofrecerían una expresión extensiva del mismo. Ahí, todo se reduce a la circunscripción de singularidades mediante el desarrollo de propiedades exclusivas. Se trata de escindir cada subaspecto del resto, para determinararlo en su especificidad, como un elemento composicional más o menos autónomo. Aquí, en cambio, la

organicidad del conjunto prima y los subaspectos son, ante todo, el medio por el cual se busca definir una expresión intensiva. En efecto, para el nonágono, los subaspectos no tienen un valor propio, intrínseco; tal como vienen a ocupar las casillas de la grilla, sólo tienen por función indicar un corte de flujo, cierto punto de inflexión que si bien se distingue y opone a los demás, en rigor, sólo se determina en razón de esta oposición, como un puro efecto de posición. Esto se debe al hecho de que, tal como resultan de la proyección, la estructura del dispositivo organiza las casillas como nodos relacionales. A cada casilla corresponde definir un momento en el movimiento general de la correlación, lo cual supone transponer la disposición que opera sobre cada eje a su opuesto. Así, por poner un ejemplo, el «encuentro» entre la tercera posición sobre el eje vertical y la segunda sobre el horizontal, se definirá mediante una doble operación. Por un lado, la segunda columna deberá comprender en sí la tripartición vertical para poder distinguir un tercero frente a un segundo y un primero; por el otro, el tercer renglón deberá comprender en sí la tripartición horizontal para definir un segundo entre un primero y un tercero. Se entiende entonces que la especificidad de esa casilla, tal como traduce un aspecto preciso de la correlación entre los ejes exteriores, es enteramente dependiente, no sólo del conjunto de las casillas que ocupan el tercer renglón y la segunda columna, sino de la totalidad de las casillas que componen el cuadro. Y es que así como la casilla en cuestión exige el conjunto de las que ocupan su renglón y columna, cada una de estas exigirá, a su vez, el conjunto de las que componen sus respectivos renglones y columnas. Ninguna, por tanto, podrá constituirse sin delimitar a un tiempo el conjunto de las nueve.

En razón de este tratamiento holístico, la constitución de los subaspectos se traduce en el nonágono como la ordenación de una distinción de razón. Si bien cada subaspecto mantendrá su especificidad y la propiedad de remitir a una singularidad, su concepción operará siempre a través de una serie de reenvíos que atraviesan el trazo completo de la grilla; de tal suerte que la concepción de uno no se dará, ni al margen de la concepción de los ocho restantes, ni de la concepción del conjunto de los nueve como tal. Esto acarrea una doble consecuencia. Primero, que los subaspectos no se identifican, inmediatamente, con algo dado en la experiencia. En rigor, el concepto de un subaspecto se agota en el deslindamiento de las relaciones que lo tornan necesario para la construcción del conjunto. No trae consigo, por lo tanto, la delimitación de un constructo empíricamente determinable. Lo cual no quiere decir, empero, que la identificación no sea posible. Por el contrario, sólo se trata aquí de comprender que la correspondencia entre el subaspecto y algo dado en la experiencia se

encuentra siempre mediada por una construcción racional; hace falta, para decirlo de alguna manera, establecer en qué medida algo encarna el tipo de relaciones que le darían un lugar, como momento necesario, al interior de la organización del conjunto. El subaspecto deviene, pues, una construcción eminentemente abstracta (Guerrri y Acebal hablarán en este sentido de «lugares lógicos») que si bien podrá siempre identificarse con algo dado en la experiencia, nunca equivale, como tal, a una instancia empíricamente determinada. Subsiste y antecede, de derecho —como sucede siempre con una verdad de razón—, a toda corroboración de la experiencia; no obstante, ahí donde sólo uno de ellos pueda identificarse con algo empíricamente dado, solicitará la operación de un relevamiento general. Esta sería la segunda consecuencia, que se sigue de la misma premisa, pero en sentido inverso. Y es que en la medida en que un subaspecto se concibe como el despliegue necesario de un cúmulo de relaciones, establecer que una instancia dada encarna ese cúmulo de relaciones implica, en tanto que éstas revisten necesidad, decantar a un tiempo el conjunto de las determinaciones empíricas que serían entonces correlativas y, por lo tanto, operar en la experiencia un reenvío a toda una serie de instancias alternativas que vendrían así a organizar un conjunto solidario.

Señalemos al pasar que es aquí donde se articula el mecanismo fundamental de la potencia analítica que reviste el nonágono en tanto que modelo operativo. Mas, para comprender cabalmente cómo es que esto funciona, aún hace falta introducir una consideración más.

Guerrri y Acebal lo señalan desde el principio: en el nonágono se trata ante todo de las categorías y, en primer lugar, del concepto de *categoría*. Esto es, de un tipo de predicados enteramente particular: aquellos que corresponden a un nivel de la atribución que si bien no dice todavía nada sobre lo que algo es, ya sea formal o materialmente, ordena —en ambos sentidos del término— lo que no podrá dejar de pensarse de algo que se concibe determinado (en cualquier sentido). En el pensamiento de Peirce, por cierto, no hay nada que no pueda, y por lo tanto no deba, concebirse como acusando en sí una *primeridad*, una *segundidad* y una *terceridad*. Estos son los atributos de una pura determinabilidad, que juntos describen una suerte de economía general; mejor, la constitución de un principio económico general que informa y reclama la totalidad del pensamiento peirceano. Ahora bien, lo que el nonágono comenzaría por hacer comprender es que, tomado en sí mismo, el aparato de las categorías es un constructo estéril. Si bien alberga el principio que cifra el

orden del signo, la sola afirmación de la condición triádica no nos ofrece nada de lo que hace a los signos. Para pasar del principio al despliegue empírico, hace falta el resorte de una potencia. Esto es lo que el modelo encuentra en la disposición simétrica de las particiones triádicas. Dispuestas sobre el plano, los modos de la determinación se ordenan como la expresión diferida de un mismo principio ordenador. Cada vez tres, pero (he aquí el descubrimiento) de una a otra iteración, en el lapso de un retorno a sí, la condición triádica se multiplica. Al salvar el lapso mediante el despliegue del plano, describe un movimiento de auto-afección con el cual se estipula a sí misma ley de su devenir; pues, para cumplir con la condición triádica y ser efectivamente tres, habrá que serlo tres veces. Tres veces tres resulta entonces la condición efectiva del signo. De lo cual el modelo deduce, con lucidez, que entre el signo y los signos, para aprehender el ejercicio de un principio ordenador que gobierna el despliegue empírico, sólo hace falta elevar tres al cuadrado. La potencia de tres se volverá concreta en su devenir necesariamente nueve, ni más, ni menos; y nueve, a su vez, encontrarán siempre su necesidad y principio ordenador en constituir —y construir— el cuadrado de tres.

Transponiendo la taxonomía de Peirce al espacio bidimensional del plano, mucho más que una exégesis, lo que el nonágono logra es construir, sobre el principio económico que regula su pensamiento, una regla de producción. Para expresar lo que implica ser un signo, y desarrollar la potencia efectiva de este concepto cuando se posa sobre la experiencia, habrá que multiplicar las determinaciones, formal y materialmente, siempre de tres en tres, hasta llegar a nueve. De igual forma, ante una multiplicidad dada, deberán buscarse las implicaciones, materiales y formales, que radicando nueve en un orden de tres, permitan reducir la diversidad de lo sensible a la unidad, expresándose (como) una potencia del signo.

Mediante esta regla de producción, el nonágono hace del principio de orden cifrado en las categorías un método para semiótica. Su proyección geométrica abre camino. Un camino que le permitirá transitar entre la unidad de sus conceptos y la diversidad de lo sensible, para someter lo segundo al rigor de los primeros y dotar a estos de la potencia que sólo corresponde a la empiria. De las posibilidades que ofrece la vía así abierta, dejan constancia los trabajos que conforman la segunda parte del volumen.

Como lo demuestran los trabajos firmados por Guerri, Alisio y Binnevies, es posible asumir en ella un itinerario analítico. Ya se trate de los resultados de una investigación empírica (*Clase media de Buenos Aires: una cotidianidad dis-locada*

por la crisis), un recorte fenoménico difuso (*Sobre la producción y recepción radiofónica*) o el cuerpo doctrinal de una disciplina entera (*Retórica revisitada*) la multiplicidad de lo dado cede ante la acción del modelo y revela su coherencia en un orden conceptual subyacente. En este polo el modelo no sólo se muestra una herramienta eficaz, cuyo rigor no va en detrimento de su plasticidad; al mismo tiempo, da muestra de algunas de sus ventajas como opción metodológica. Para una postura empírica, acusa la ventaja de decantar un marco sin ceder al riesgo de una perspectiva simplista o unilateral. En tanto, para una postura metateórica, ofrece un abordaje cuya perspectiva no se reduce a la opciones monográficas clásicas; como lo demuestra el texto de Guerri sobre la retórica, el nonágono puede operar sin atenerse a los índices de autor, escuela u obra, apelando solamente a una lógica interna de los conceptos.

Por otra parte, tomando las cosas en el sentido opuesto, con el nonágono es posible trazar un itinerario sintético. El ejemplo lo ofrece un trabajo de Miguel Bohorquez Nates, *Los motion graphics como forma del lenguaje*. Se tratará aquí de hacer comparecer el plano del concepto ante la exigencia de la empiria. Bohorquez Nates se valdrá entonces del modelo para organizar un grupo heterogéneo —digamos por comodidad y no sin reservas— de «representaciones», como la matriz lógica que le permite dar cuerpo a un concepto que haga justicia al estatuto híbrido de los *motion graphics*.

También es posible recurrir al nonágono para ensayar una crítica. Como lo demuestra Cristina Voto en *Propuestas para una cartografía de la imagen-cinematográfica* la grilla puede utilizarse para sacudir los conceptos y hacer surgir, más allá de su encadenamiento explícito, conexiones inéditas y líneas de fuga subyacentes. En este texto, Voto se ocupa puntualmente de las categorías presentadas en *La imagen-tiempo* y *La imagen-movimiento*, sirviéndose del modelo para quebrar la especificidad del «código» deleuziano y decantar, a partir de una reordenación de sus elementos, el entramado que esboza otro horizonte teórico para la imagen cinematográfica.

Inclusive, usando el nonágono a modo de mapa, el modelo se presta a llevar adelante una casuística. Esta es la perspectiva de *Contrapuntos en la prensa gráfica sobre la ley de identidad de género*, firmado por Werner Pertot. Ahí, la matriz relacional que organiza el modelo permite al autor dar un tratamiento sistemático a las diferencias que acusan tres notas de diario y elaborar a partir de ello una comprensión de su situación recíproca como desplazamientos en un espectro dado de la producción de sentido.

Finalmente, sobre estas cuatro posibilidades básicas, todo tipo de combinaciones podrían ensayarse. Martín Acebal da prueba de ello con el texto *Las figuras de la manipulación*. Inicialmente el autor procede sintéticamente para confectionar el concepto *formas de la manipulación*. Gesto teórico que le permitirá luego operar un reenvío analítico que tras dispositivos manipulatorios identificados por otros autores, hará surgir una matriz que los determina como figuras alternativas, pero construidas sobre un mismo repertorio de formas y reglas combinatorias. Lo cual, a su vez, decanta un filo crítico —aunque la perspectiva habrá de quedar sólo apuntada—. Y es que la solidaridad genética que así quedaría explícita entre, digamos, un argumento persuasivo, una orden y la seducción, obligaría a quebrar el código binario que quiere establecer una distinción axiomática entre una buena argumentación y una retórica maliciosa. ☰

Claudio GUERRI, Martín ACEBAL (comp.)

Nonágono semiótico:

un modelo operativo para la investigación cualitativa

Buenos Aires: Eudeba; Ediciones UNL

2014

ÍNDICE

Palabras Preliminares

Claudio Guerri

Prólogo

Nidia Maidiana

PARTE I

El modelo operativo: nonágono semiótico

Claudio Guerri y Martín Acebal

PARTE II

Retórica revisitada

Claudio Guerri

Las figuras de la manipulación

Martín Acebal

Clase media de Buenos Aires: una cotidianidad dislocada por la crisis

Jorge Alisio y Ana Binnevies

Sobre la producción y recepción radiofónicas

Ana Binnevies y Claudio Guerri

Propuestas para una cartografía de la imagen-cinematográfica

Cristina Voto

Los motiongraphics como forma del lenguaje

Miguel Bohórquez Nates

Contrapuntos en la prensa gráfica sobre la ley de identidad de Género

Werner Pertot

Claudio Guerri es Arquitecto, Investigador y Profesor de *Morfología* y *Semiótica* en la Facultad de Diseño y Urbanismo y Doctor de la Universidad de Buenos Aires donde dirige el Programa de Investigación: *Semiótica del Espacio-Teoría del diseño*. Ejerce la docencia también en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) y la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Es director de *CFG* y *Asociados*, consultoría en investigaciones semióticas. Es miembro del comité ejecutivo de varias sociedades científicas internacionales, nacionales y editoriales. Ha escrito numerosos artículos sobre su especialidad en revistas y libros, en español, inglés y alemán. Ha publicado *El lenguaje gráfico TDE. Más allá de la perspectiva* (Buenos Aires: Eudeba, 2012)

Martín Acebal. Es Licenciado y Profesor en Letras por la Universidad Nacional del Litoral (UNL). Actualmente se encuentra realizando su doctorado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es investigador y profesor de *Teoría de la argumentación* en la Facultad de Humanidades y Ciencias, de *Comunicación* en la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo, UNL, de *Semiótica* en la Universidad Nacional de Tres de Febrero UTREF y en la Universidad Nacional del Noroeste de la Provincia de Buenos Aires, UNNOBA. Ha dictado seminarios de posgrado en la Universidad Católica de Uruguay, UCU, y en la Universidad de Buenos Aires, UBA. Es integrante de proyectos de investigación en las áreas de semiótica y retórica. Ha publicado numerosos artículos sobre su especialidad en revistas y libros.